

Víctor Manuel San José, alumno distinguido

INSTITUTO BERNALDO DE QUIRÓS

Mieres del Camín, 22 de febrero de 2011

Presenta: Ismael María González Arias



Queridos alumnos, estimados profesores, señor director, señor vicecalde, señor consejero, Víctor:

Si Doña Carmen Díaz Castañón, directora de este Instituto y profesora mía de Literatura, levantara la cabeza y nos viera en esta mesa celebrando los cincuenta años del centro, la verdad, no sé lo que diría –por lo menos en lo que a mi respecta-. Yo tendría de todas formas la disculpa de decir que fue un encargo personal del actual director que, gracias

a que entró más tarde como profesor, tuvo la bendita suerte de no darme clase –y creo que no me equivoco si digo que no nos dio clase a ninguno de nosotros-. Y, aunque estaba preocupado al principio, los años no han pasado en vano, nos hemos hecho mayores y, gracias a Dios o a la jubilación, ninguno de nuestros profesores está aquí presente como para poner cara de asombro de vernos en esta mesa, o por lo menos de verme a mi cumpliendo las funciones de presentador.

Y lo voy a hacer y nada menos que con un compañero de este mismo Instituto, de nombre Víctor Manuel San José, con el que no coincidí en ningún curso, pero del que, como mierense, a lo largo de mi etapa de Instituto fui sabiendo muchas cosas. Por una razón muy simple: imaginaros por un momento –vosotros, los que todavía tenéis suerte de estar estudiando aquí-, imaginaros por un momento que os dicen que en este Instituto estudió Lady Gaga o Enrique Iglesias. Pues, en aquellos años, este señor, de aquella un muchacho de la edad de los dos citados, vendía muchos más discos que ellos dos. Y no que ellos dos por separado, si no que ellos dos juntos.

De hecho, cuando teníamos 14, 15 o 16 años y veníamos a este Instituto y el profesor de lo que fuera nos preguntaba qué queríamos ser de mayores, más del 50% decíamos que queríamos ser cantantes, que queríamos ser como Víctor Manuel. Y eran años en que la música que sonaba marcó la historia de la música en el mundo entero. Las pandillas de los mayores se dividían entre los que eran de Los Beatles y los que eran de Los Rolling Stones. Y, con los grupos españoles, entre los que eran de Los Brincos y los de Los Bravos.

Nosotros, que éramos los más pequeños, con tal de no escuchar lo mismo que escuchaban los mayores, traíamos a clase nuestros discos de vinilo con cantantes como Patxi Andion, como Joan Manuel Serrat, como Mari Trini o como Víctor Manuel. Entonces el recreo duraba una hora. Y sólo había uno. Los chicos estudiaban en el edificio antiguo y las chicas en las aulas que había en el sitio que hoy ocupan éstas. Pero, a la hora del recreo, había dos sitios comunes donde podíamos encontrarnos los chicos con las chicas: el bar de Tuto y el salón de actos. Luego, también, había más sitios ilegales donde poder vernos, pero esos mejor se lo preguntáis a vuestros padres cuales eran, si estudiaron aquí y si se atreven a contároslo.



Y, en el salón de actos, por turnos, cada día le tocaba a uno programar la música que sonaría por los altavoces durante toda la hora. Si le tocaba a un compañero al que llamábamos de mote Disco-Libro, nos ponía siempre a Jethro Tull (que seguro que ninguno de vosotros tiene ya idea de quién fue o quién es, que todavía sigue tocando). Si le tocaba poner discos a Encarnita La Pija, nos machacaba la cabeza con Janis Joplin. Y, si le tocaba poner

discos a Manolín El Enteráu, entonces nos fastidiábamos todos y escuchábamos unos muermos en francés que eran horribles (pero que a él le servían para hacerle la pelota a Pin, que era el mote de batalla del profesor de francés).

Y un día me tocó poner discos a mi. Porque ya era el curso 73/74 y yo ya era de los mayores. Y traje de casa un disco de color verde, que se titulaba así, *Verde*, en el que Víctor Manuel cantaba cosas como “Aquel quirosanu”, “No hay carretera sin barro” o “Ayer vite na fonte”. Canciones nuestras, canciones asturianas, canciones que los que éramos de pueblo como yo llevábamos cantando toda la vida. Ahora puede pareceros algo normal. Pero, de aquella, Disco-Libro dejó de hablarme y Encarnita La Pija me llamó cosas que no puedo repetir en este escenario –y no porque haya alumnos, sino porque hay profesores.

Las cosas no han cambiado tanto. Ahora ocurriría lo mismo. Los mayores pondrían a Lady Gaga o a Enrique Iglesias y, los pequeños, aunque sólo sea por tocar las narices, pondrían lo último de lo último de Calle 13 o del grupo de rap con las letras más agresivas que encontrara. Eso era lo que representaba Víctor Manuel para nosotros. Una especie de rapero que contaba la historia de su abuelo que había sido picador en la mina, o la historia de un cobarde que no quiso ir al ejército –cuando al ejército no quedaba otro remedio que ir-, o la historia de Carmina, una moza que tenía en Oviedo y que la tenía el padre encerrada porque se había enterado que salía con él, o la historia más triste de todas las historias que hablaba de tres mineros que habían muerto sepultados en un derrabe de una mina –y que era una historia que todos conocíamos porque los padres de todos mis amigos eran mineros y, en concreto, el padre de Enrique, que era el portero de nuestro equipo de fútbol, se había muerto en un accidente en un pozu mineru.



Son canciones, las de Víctor, que como hablaban de Mieres, de las cosas que conocíamos, de los amigos comunes... las entendíamos y las cantábamos. Lo hacíamos nosotros y también teníamos algún profesor que lo hacía. Todavía ayer comentaba con Ana Esther como un examen del profesor de Filosofía, José Ramón San Miguel, consistía en hacer cantar durante toda la clase a un alumno la canción “El abuelo Víctor”, mientras que nosotros teníamos que escribir cuatro folios sobre el concepto de evocación y no sé qué de la fenomenología de Heidegger (un filósofo de que, gracias a que me dediqué a otras cosas, tuve la bendita suerte de no saber nunca nada más en mi vida).

Ponerlos en nuestro lugar. No sé si los profesores de filosofía ahora se dedican a estas cosas. Bueno, cada época es distinta, igual ahora se dedican a otras peores. Pero imagináros la escena. Examen de Filosofía. San Miguel decía: “Mañana examen. Mariano, tu trae la guitarra”. Y Mariano, al día siguiente, venía con la guitarra a cuestas y una sonrisa: la sonrisa de saber que él, gracias a que se pasaba toda la hora tocando la guitarra y cantando la canción, tenía aprobado el examen –y con buena nota-. Y, mientras tanto, nosotros, una hora entera de examen para desentrañar qué quería decir la letra de aquella canción, y qué tenía que ver con la fenomenología, cuando decía: “Se ha sentado el abuelo en la escalera / a esperar el tibio sol de madrugada / la mirada clavada en la montaña / es su amiga más fiel, nunca le engaña. / Temblorosa, la mano, va al bolsillo / rebuscando el tabaco y su librito / y, al final, como siempre, murmurando / que María le esconde su tabaco. / El abuelo fue picador allá en la mina / y arrancando negro carbón, quemó su vida”. Yo no os voy a decir la nota que saqué, porque debe de estar mi hijo presente, pero os puedo asegurar sin temor a equivocarme mucho que Ana Esther sacó sobresaliente. De ahí que Ana Esther sea ahora profesora vuestra de Filosofía y yo me dedique a cualquier otra cosa.

Pero estas cosas no ocurrían solo en Filosofía. Un día, doña Carmen Castañón nos dijo que nos íbamos a ir a Madrid al reestreno de una obra de teatro y, para no perder el tiempo durante el viaje, la profesora de Literatura que nos iba a acompañar nos pondría una casete en el autobús de música de cantantes del momento y nosotros tendríamos que escoger uno de los poemas –cada uno el que quisiese- para hacer un comentario de texto. Todos los pelotas, que, como siempre, había muchos en clase, escogieron las “Coplas a la muerte de su padre” de un tal Paco Ibáñez, porque sabían que doña Carmen había escrito algo sobre ese poema y siempre, curso tras curso, nos lo hacía aprender de memoria.



Disco-Libro fue incapaz de hacer aquel ejercicio porque todas aquellas canciones le parecían una ordinariéz. Encarnita La Pija se mareó nada más arrancar el autobús y a la altura de Pola de Lena se sentó en primera fila con la profesora y ya no supimos de ella hasta Madrid. Y, en cambio, Manolín El Enteráu, encontró una canción de una cantante que se llamaba Rosa León, que le sonaba muy francesa, que se titulaba “De alguna manera”, que era original de Luis Eduardo Aute y que la letra decía cosas tan trascendentales como: “De alguna manera / tendré que olvidarte / por mucho que quieras / no es fácil, ya sabes / me faltan las fuerzas / ha sido muy tarde / y nada más, y nada más / apenas nada más”. A Manolín El Enteráu le gustó tanto que nos la estuvo cantando todo el viaje y, por culpa de Rosa León, dejó el francés y todo lo que sonara a francés y se puso a comprar todos sus discos.

Enrique, el portero de nuestro equipo, y yo, escogimos una canción de Víctor Manuel que se titulaba “Por eso estoy aquí” y que decía: “Porque me falta la fuerza para quitarme de en medio (porque la voz se me quiebra cuando quiero dar consejos / porque nunca estoy seguro de si lo que quiero es bueno / porque desde niño he sido un perseguidor de sueños / por eso estoy aquí, por eso estoy aquí. / Porque no tengo valor para marcharme de aquí / y recomponer las cosas y hacer un mundo feliz / porque me hicieron así, porque no tengo por qué / y me da

vergüenza ser izquierdista de café / por eso estoy aquí, por eso estoy aquí”. No me acuerdo de lo que dije en el comentario de textos, pero recuerdo que aprobé. Aunque también recuerdo que Enrique sacó bastante mejor nota que yo.

Si os digo la verdad, era la primera canción que escuchábamos en la que alguien decía que era de izquierdas. Aunque, en este caso, lo dijese como dándole vergüenza de ser tan solo izquierdista de café. Enrique sabía, porque su madre se lo contaba, que su padre muerto en la mina había sido muy buena persona y era de izquierdas. Nosotros, la verdad, con apenas 15 años, poco sabíamos lo que era ser de izquierdas. Pero lo poco que sabíamos era muy interesante. Tan interesante como que nos decían en casa que el día primero de mayo no podíamos llevar puesto un jersey rojo. Razón suficiente para que, el día primero de mayo, todos



saliésemos a la calle con un jersey rojo. Lo mismo que nos decían que no podíamos disfrazarnos el día de carnaval, porque estaba prohibido. Y el día de carnaval todos veníamos a este Instituto de corbata, que era nuestra de manera particular de venir disfrazados.

Y aunque no teníamos del todo claro que era ser de izquierdas, sabíamos que en Mieres y en este Instituto ocurrían cosas muy raras. Por ejemplo, que todos los años, antes del primero de mayo –el día que no se podía vestir de rojo- la guardia civil venía a este Instituto y se llevaba arrestado al profesor de francés. Y nos quedábamos quince días o más sin clase. Lo que, por una parte, era una maravilla, porque no había eso que se llama ahora profesores sustitutos y aprovechábamos para saltar la tapia y marchar a los bares de La Villa. Y lo que, por otra parte, nos preocupaba, porque de aquella nos decían que el francés era la lengua del futuro y, claro, sin saber francés, poco futuro íbamos a tener. Como veis, los profesores y nuestros padres, que nos lo decían también, estaban bastante equivocados. El francés no fue la lengua del futuro. Y seguramente ahora, que os dicen que la lengua del futuro es el inglés, también andan equivocados, porque tal y como están las cosas, descarado que la lengua del futuro será el chino o el árabe o a saber. De hecho, yo aprendí inglés en Gibraltar y sólo me sirvió para que mi hija, que lo estudió en este Instituto y también lo estudió en Inglaterra, se ría de mí cuando digo cosas como : “How are you, xiquillo?” o “Where are you from, mi arma?”. Pero no me importa que nadie se ría, porque en Gibraltar me entienden. Y Gibraltar siempre tuvo mucha historia en la historia que estoy contando. Por dos razones: la primera, porque de allí era Albert Hammond, un cantante del que nos sabíamos todas las canciones porque nos servía, más que ningún otro, para ligar. Y, la segunda, porque en Gibraltar nos enteramos que se casó Víctor Manuel con Ana Belén y, gracias a eso, nos enteramos que había dos formas de casarse, por la Iglesia o por Gibraltar. De hecho, cuando yo años más tarde me casé, y lo hice por Gibraltar, me decían algunos de los de mi casa: “¡Qué vergüenza, casarse como Víctor y Ana, eso no es estar casados!”

Y las cosas raras, además de en el Instituto, también pasaban en Mieres. Todos los años, en fechas no determinadas, la policía se enzarzaba a palos y a tiros con balas de goma con los mineros del pozo que está aquí al lado, el pozo Barreo. Los alumnos que tenían a sus padres en el pozo se subían al muro del Instituto y ayudaban en lo que podían a piedrazo limpio. Con lo que, al final, la policía acababa entrando en el patio y muchas veces volvíamos con el culo caliente para casa.

Un día –al año siguiente, yo ya estaba en el último año de Instituto- salió en el periódico que Víctor Manuel había quemado la bandera de España y que por eso tendría que quedarse exiliado en México. Manolita, nuestra profesora de Literatura de entonces, nos trajo el recorte de periódico con la noticia bajo el brazo, nos dijo que aquello era un vergüenza y que, aquel día, en vez de clase íbamos a rezar todos un rosario para que la Virgen María intercediera ante Dios nuestro señor para que se quemase en las llamas eternas del infierno el hereje que había hecho tamaña aberración. El rosario lo empezamos, pero a los cuatro o cinco minutos tuvimos que suspenderlo porque le dio un ataque epiléptico a Luisín el Finu. Al final no supimos quién se había puesto peor, si Luisín o doña Manolita, pero salimos ganando que se acabó la clase. Y, entonces, Tomás El Rocabili, aprovechando el barullo y que la mitad de la clase se había ido con Luisín y con doña Manolita, se acercó al balcón, retiró del mástil la bandera de España e izó en su lugar un pantalón lleno de pintura de uno de los albañiles que estaba de aquella pintando la fachada del Instituto. No acordamos perfectamente porque don Pablo, el profesor de Historia, nos dio toda una lección de historia sobre el significado sagrado de la enseña nacional y, además, nos quedamos sin recreo toda la clase el resto del mes. Más que nada, porque por más



que todos sabíamos que había sido Tomás, nadie se chivó de ello y cargamos todos, con gusto, con la penitencia.

Pasó el tiempo. Nos hicimos mayores y nos marchamos del Instituto. Franco se murió y estuvimos unos cuantos días sin clase. La policía siguió todavía unos cuantos años más dando palos, hasta que al final llegaron las elecciones y la cosa se fue calmando un poco. De Víctor Manuel seguimos sabiendo en aquel tiempo porque regresó de México, porque

participó en los mítines del partido comunista y porque sus canciones terminaron siendo himnos que todo el mundo cantaba con el puño en alto y a voz en grito. Su fama de ser de izquierdas le siguió acompañando, hasta tal punto que, hace un par de años, me encargaron que hiciese para un periódico de este país una especie de historia de la música asturiana en fascículos. Y, claro, como no podía ser menos, en la pequeña historia de la música asturiana, un apartado especial lo tenían las canciones de Víctor Manuel, cosa que no gustó mucho en la redacción a una joven directora que tenía cara de haber sacado muchos sobresalientes en colegios de pago, pero no tenía ninguna de historia de la música. Su único argumento consistió en decirme que Víctor era un rojo vendido a la SGAE. Y mi único argumento fue que, en mi historia de la música asturiana, entraban todos. Y ahí está: el resto de la redacción del periódico aprobó mi proyecto y, sin más contratiempos. fue viendo la luz, semana tras semana, con el periódico. Pero a mi me sirvió para darme de nuevo cuenta de algo que ya sabía: todavía seguía existiendo esa España rancia y esa Asturias ridícula de la que habían hablado y lo continuaban haciendo las canciones de Víctor Manuel.



En el año 1978, cuando ya sabíamos de sobra que el francés no iba a ser la lengua del futuro, Víctor Manuel cantó en asturiano junto al grupo Nuberu la canción “Aida de la Fuente” y se convirtió en una canción más famosa que el “Asturias patria querida”. Aunque seguramente ni os suene siquiera, el otro día volví a escucharla. La cantó un cantante de tonada de apenas veinte años y me sorprendió la cantidad de gente, entre los presentes, que se la sabía. Seguramente cantarla ya no significa lo mismo que significaba entonces, pero me sorprendió muy gratamente que lo hiciese alguien que, en esa fecha, no solo no había nacido sino que sus padres ni siquiera se conocían todavía.

Luego, al año siguiente, Víctor Manuel se instala para una temporada en el número uno de Los 40 Principales y de todas las listas de éxito de la época. El disco se titula *Soy un corazón tendido al sol* y la canción que rompe todas las marcas es “Sólo pienso en ti”, una extraña historia de amor entre dos deficientes mentales que, para muchos, es una verdadera obra maestra. Un disco en el que, a mi, la canción que más me gustaba y más me sigue gustando es la historia “de dos niños, de cerca Xixón, a los que-yos la policía municipal una multa de dos pesetes por verter agües en la playa de San Lorenzo, xunto a La Escalerona”.

Y, un año después, repite éxitos con su disco *Luna*, en el que apareció la canción “Quién puso más”, que hablaba de una historia de amor entre dos homosexuales y que desde entonces, para Enrique, el que había sido portero de nuestro equipo, se convertiría en la canción más hermosa de todos los tiempos. Sencillamente, porque al igual que la canción “La planta catorce” contaba la historia de un accidente minero como en el que había muerto su padre, la canción “Quién puso más” contaba su propia historia de desamor.

Y muchos más discos y muchos más éxitos, hasta que en 1986, dentro de uno que se titulaba *Para la ternura siempre hay tiempo*, en el que cantaba junto a Ana Belén, su mujer, volvió a subirse al número uno de todas las listas de éxito de España y Latinoamérica. La canción se titulaba “La puerta de Alcalá”. Ahora nadie vende un millón de discos, porque todos se bajan sus canciones de internet. Por eso, cuando a partir de ahora os pregunten si conocéis en persona a alguien que haya vendido varios millones de discos con sus canciones, acordaros que sí lo conocéis, que se llama Víctor Manuel, que es de Mieres y que estudió en vuestro Instituto.



Podría seguir hablando muchas más cosas y mucho más tiempo. Pero yo también fui alumno de este Instituto y sé perfectamente el rollo que es estar sentado en esa silla más de media hora. Un día, doña Carmen Castañón, la directora, nos dijo desde una mesa como ésta y en un salón de actos como éste, que el escritor Juan Antonio Cabezas nos iba a hablar durante

una hora entera de las metáforas en la poesía de Antonio Machado. Y Juan Antonio Cabezas, que era muy buen escritor y también había sido alumno de otro Instituto como éste, nos debió de ver la cara de espanto que teníamos los alumnos, tomó la palabra y nos dijo: “Me da la sensación, querida Carmen, que a estos alumnos no les apetece ni pizca saber nada de las metáforas de don Antonio Machado”. Y se dirigió directamente a nosotros y empezó: “¿Qué os parece si os cuento cuando escapé de casa con 16 años y me marché para Cuba?”. Y a partir de ese momento, y a lo largo de una hora, nos contó una de las historias más hermosas que yo como alumno recuerdo.



Y, todo lo contrario. Otro día también vino doña Carmen y nos dijo que teníamos ante nosotros a una de las máximas eminencias de la lengua española, don Emilio Alarcos Llorach – al que se le puso y todo una placa por algún lado del Instituto-, y que iba a hablarnos durante una hora sobre las proposiciones subordinadas. Y, ¡dios santo! creo que me entendéis perfectamente que no puede haber nada más horrible en este mundo, si tenéis 15 o 16 años, que os hablen durante una hora entera de las proposiciones subordinadas. Que, los

que sois profesores y, por los tanto, ya sois mayores, ya no os acordáis. Pereo, cuando tienes tan pocos años, una conferencia de una hora de duración sobre porposiciones subordinadas entra directamente en lo que ahora se llama maltrato psicológico.

Y, a pesar de que pueda parecer lo contrario por las cosas que cuento, los que me conocen saben que tengo bastante buen recuerdo de mi estancia en este Instituto y que sigo considerando que fue un verdadero lujo tener a muchos de los profesores que tuve y a los que todavía sigo saludando con gusto por la calle, como doña Merche, doña Berta y doña Tinina. Y que, las cosas cambian tanto con los años que, no hace mucho, doña Merche, la profesora de Matemáticas, me presentaba a una de sus hijas y le decía: “Mira, hija, te presento a uno de mis mejores alumnos”. Y, yo, que no me gusta mentir más que lo necesario, miré para su hija y le dije: “Mira si sería buen alumno que tu madre no me aprobó ningún año y me dio clase nada menos que cuatro”.

En fin, si queréis saber más de Víctor Manuel, ya sabéis, tenéis la Wikipedia a vuestra disposición. Si os mandan hacer un trabajo sobre él, también sabéis que los hay hechos de maravilla en la página de El Rincón del Vago y en otro montón de páginas similares que no os voy a repetir. Pero ue, os aviso, vuestros profesores también se las conocen, con lo que en vez de utilizar la técnica de cortar y pegar, mejor cambiáis de vez en cuando alguna palabra, para que nos se os note tanto. Pero, si de verdad queréis saber de él, os recomiendo que tecleéis su nombre en el Spotify o en iTunes, o mejor, que vayáis a casa y que digáis a vuestros padres que os enseñen algún disco suyo, que seguramente lo tienen. O, si no, el domingo vais a la plaza y en La Casina Musical de Lito, que es amigo de Víctor y amigo mío, podéis comprar todo lo que os apetezca y más.

Víctor, enhorabuena por tu nombramiento como alumno distinguido de este centro.

Muchas gracias.